

Vacunas sí, Vacunas no

Un nuevo frente se ha abierto en la concepción de la salud pública y la prevención. Un sector cada vez más importante, que incluye profesionales de la medicina, cuestiona la validez y eficacia del uso de las vacunas, y les atribuye riesgos en su uso debido a posibles efectos secundarios.

Ambas partes, defensores y detractores, argumentan y exponen múltiple información a favor de su postura. Y los detractores plantean tres pilares fundamentales. El primero es las discrepancias entre la reducción de incidencia de ciertas enfermedades, como el sarampión, y las fechas en que la extensión del proceso de vacunación contra dicha enfermedad puede calificarse de masivo. Concretamente, la discrepancia se centra en el hecho de que la disminución de la incidencia de la enfermedad es anterior a la difusión masiva de la vacuna, con lo que la causa de dicha disminución no puede buscarse en la aplicación de la vacuna sino en otros motivos.

El segundo pilar es la existencia de efectos colaterales de dicha medicación, que puede provocar otras dolencias, o incluso la propia enfermedad que pretende prevenir.

Y por último la clara sospecha de que en la extensión de los tratamientos mediante el proceso de vacunación privan más los intereses económicos de las farmacéuticas que los de la sociedad.

Es cierto que los datos estadísticos de ciertas dolencias presentan discrepancias en la evolución de la incidencia de las enfermedades en relación a las fechas de difusión masiva de la vacuna, lo que efectivamente pone en cuestión si dichas vacunas tuvieron o no algún efecto sobre dichas enfermedades. Pero también existen estudios donde se ve una correspondencia entre vacunación y descenso de incidencia en enfermedades. Así y a título de ejemplo, en estudios sobre la incidencia de rotavirus que provocan diarrea infantil, en la población mejicana, apuntan a una reducción de la mortalidad del orden del 41% en niños de menos de 12 meses, del 29% en niños de 12 a 23 meses y del 7% en niños de 24 a 59 meses, comparando los picos estacionales relativos a los periodos 2003-2006 y 2008-2009 (antes y después de la introducción de la vacuna).

Así pues, nos encontramos con datos claramente contradictorios. Por una parte una información que niega la eficacia de la vacuna, y, por otra, unos datos estadístico que la apoyan. Quizás es que la verdad no está ni en una postura ni en la otra. La vacunación es un sistema más de terapia que, probablemente, tiene su tasa de efectividad, pero sin ser la panacea total y absoluta que se ha pretendido. Y es que los remedios perfectos no existen.

Y precisamente porque los remedios perfectos no existen, tampoco debe extrañarnos que puedan darse efectos secundarios no deseados. Pero lo importante no es que puedan darse, sino la tasa de frecuencia, especialmente en comparación con la eficacia de la protección dada por la vacuna. Es evidente que las exigencias deberían enfocarse a la obtención de estas dos informaciones, que deberían obtenerse de estudios claros, sin oscurantismos e independientes de los intereses comerciales (e incluso políticos). Lo que no me parece coherente es la postura negacionista. Que el proceso de vacunación no sea tan eficaz como se ha pretendido es probablemente cierto, pero negarle cualquier tipo de eficacia me parece erróneo.

Y con todo lo anterior enlaza la cuestión de los intereses empresariales. La verdad es que me sorprende que se plantee esta cuestión como si de un hecho aislado se tratara. ¿Acaso existe algún medicamento cuya producción no esté ligada a la obtención de beneficio? ¿De verdad cree alguien que **TODOS** los medicamentos que se producen no podrían ser más eficaces y económicos si no estuvieran ligados a la generación de beneficios?

A modo de apunte, algunos hechos constatados:

La investigación sobre nuevos antibióticos hace años que está paralizada (o casi), es más rentable dirigir la investigación a la obtención de medicamentos para enfermedades crónicas que para enfermedades agudas. Después de todo, el enfermo crónico es un "cliente" de larga duración y consumo, mientras que el enfermo "agudo" solo lo es por un periodo relativamente corto. Una variante de ello es el inmenso esfuerzo (claramente recompensado por los beneficios posteriormente generados) dedicado a la investigación de productos rejuvenecedores. Después de todo, la humanidad siempre ha buscado la "fuente de la eterna juventud".

La investigación para obtener remedios para ciertas enfermedades raras no se aborda o es marginal. El número de posibles "clientes" es demasiado pequeño para ser interesante desde un punto de vista económico. Si te ha tocado ser uno de los "agraciados" y sufres de alguna de ellas, pues mala suerte y a diñarla.

Los medicamentos genéricos, aquellos que conteniendo los mismos principios activos no están sometidos al imperio de las marcas, tiene un precio que representa un 20% de los homólogos con marca. Aun así generan beneficios a sus fabricantes. ¿Cuál es el margen comercial de los medicamentos con marca? Simplemente abusivo. Y sin embargo los gobiernos, **TODOS**, lo permiten y callan.

Puestas así las cosas ¿Por qué tendrían que ser una excepción las vacunas? ¿Pueden existir vacunas que no sean lo eficaces que dicen ser?

Es posible, pero por las mismas razones este argumento es aplicable al conjunto de todos medicamentos producidos.

¿Justifica eso el abandono de este modelo de medicina y optar por las llamadas "medicinas alternativas"? Tampoco. A diferencia de ciertos planteamientos más impregnados de "esoterismo" que de realidad, este modelo de medicina, pese a las perversiones introducidas por el mercantilismo, sigue basado en la lógica y el pensamiento científico. Es, evidentemente, mejorable pero es el único con los pies en el suelo.

Por otra parte, tampoco escapamos al mercantilismo si optamos por los modelos "alternativos". Un ejemplo, la homeopatía, cuya medicación es pura y simple agua, nos ofrece sus remedios salidos de los correspondientes "laboratorios" y a precios considerables (especialmente dado su contenido real), por lo que seguimos siendo reos de la explotación económica.

Y para quien no me crea, un pequeño ejemplo. Tomemos un producto homeopático, por ejemplo el ARTHRODRAINOL, especificado para dolor reumático(?), sea lo que sea eso. Se presenta en un frasco conteniendo 30 ml. a un precio de 9,70 euros. Si descontamos de un euro a euro y medio (siendo generosos) en los distintos gastos accesorios (envase, prospecto, caja de cartón, impresiones de la caja y prospecto, etc.) quedan como importe del producto en sí 8,20 euros. Démosle al farmacéutico un 40% de ese importe (3,28 euros) y aun nos quedan 4,92 euros atribuibles al producto. Si consideramos los componentes activos, consistentes en 9 principios, 2 a dilución de 3CH, 4 a dilución 6CH y 3 a dilución 12CH, en cada frasco podemos esperar 0,00006000012000000000009 ml de principios activos (en realidad de los últimos tres principios activos, lo más probable es que nada encontremos, dado que, a partir de la dilución 9CH, es improbable encontrar una sola molécula).

Si los consideramos a ellos exclusivamente, su coste se sitúa en 81.999,836 euros el ml. (si tenemos en cuenta que hoy -18/06/11- el oro se cotiza a 34,61 euros/gramo, y podemos presuponer la igualdad aproximada de 1 ml = 1 g dando por supuesta una densidad aproximada de 1, la desproporción del valor es evidente). Se nos puede alegar que, según la homeopatía, el efecto está en el agua. Pues bien, los 4,92 euros por ml (o por gramo) son un 14,21% del actual precio del oro. Sigue siendo muy elevado por un poco de agua.

Pero el objetivo fundamental de este ejemplo es demostrar que el fin último de las farmacéuticas y asimiladas es hacer dinero a nuestra costa. Precisamente por ello, es esperable que los productos vendidos, con cierta frecuencia, no sean lo que dicen ser. Y poco importa que se correspondan a la llamada medicina oficial o a la alternativa.

La única conclusión posible, para que tanto la certeza de la eficacia de los medicamentos como el acceso a los mismos por parte de quien los necesita estén garantizados, es que, desde su investigación original a su producción, todos los procesos estén en manos públicas. Un planteamiento que noto a faltar en las voces críticas que, con mayor o menor rigor, cuestionan las vacunas.